

## *Sebastián Mateus*

### *Retazos en la selva*

Han sido veinte años de incertidumbre. Siempre en los días de verano he procurado buscarme entre los pinos y las aguas inciertas de mi apócrifa Santa María. No sé si las medidas precisas del tiempo caminando hacia atrás, mientras los árboles se deshojan, no me han persuadido de mi rostro en la madera. El gendarme sigue espionando hasta las bocanadas de humo que me salen de la nariz. No respira. No se mueve. Me mira con desdén. ¿En dónde estoy? Le temo mucho a la posibilidad de que apenas lo sepa deje de saberlo. Me calcina este frío helado que me sopla en los oídos. Digan lo que digan, yo no me acostumbro a cargar por otros veinte años la muerte sobre mis hombros, golpeándome el trasero, rebotando en mi espalda: no. Es difícil brillarla con los calcetines que llevo puestos desde los días del nuevo orden. ¿Cuál orden? El pasto seco me abre camino entre los ruidos de los grillos y el bostezo de las bestias. Me gustaría entender las bestias para entender mi bestia; la misma que se encarama sobre los picos de las colinas y me mira con enojo porque me voy perdiendo en los vacíos tan poco diáfanos. Ni siquiera me hallo entre los pañuelos níveos ni entre los gritos ni en las palabras elocuentes de los actores del Variété, porque esto de Combray tiene poco. O mejor, tiene mucho, pero al revés. Aquí no está Pacho con los carritos de colección haciendo de mis brazos su pista. Aquí no se consigue té ni panecillos de queso. Cigarillos sí, de los mentolados que se disputan los más nuevos cual trofeo de guerra. Yo los miro y pienso...no sé qué pienso, pero los miro. Sus rostros, sus cuerpos claros, las ropas que gritan cambio. A veces se quitan las botas y mueven los dedos como si buscaran oxígeno. Yo sí estoy cansado, ellos parece que simplemente tienen sueño. Ni siquiera miran las nubes que pasan como el contentillo para la madre de aquella hija que quiso ser cielo. Es verdad que ya ni siquiera esperan mucho del fin del mundo. Pero yo sí espero, yo sí lo veo venir entre los caudales del río y la palabra amor, entre la lenta máquina del desamor...yo sí, aunque no esté seguro si me tope con él, ni siquiera estoy seguro de toparme conmigo.

Yo nunca he visto un topo. Me gustaría ser un topo y llegar hasta el centro de la tierra y mirar... no sé qué vería, pero mirar. Mucho mejor si me encuentro con un espejo. Cóncavo. Sereno. ¿Por qué nos vemos en ellas mejor que en el espejo? Yo a veces me veía en Adriana. Acaso ya mecánicamente. Pero aquí no hay espejos y es mejor porque me daría miedo verme ahora, después de veinte años. ¿Hace veinte años no veo mi rostro? Veinte años. Yo no sé si ellos se han visto en mí y no me importa porque yo no quiero que se vean en mí, yo dejé de ser mí hace tiempo, dejé de ser hombre hace tiempo. Y en los hombres está el secreto. ¿Cuál secreto? No precisamente el de cómo ser hombres, pero sí el de disfrutar de las camas desechas por los niños, ora las tazas de Nescafé, ora los besos.

Viene el peso de la noche, pero el viento no gira en el cielo ni canta. Sólo cae. Me aplasta como un montón de frutas frescas y no puedo sino salvar las manos peludas que parecieran no tener líneas de vida o que estuviesen bifurcadas. No sé cuántos cayeron hoy. Ni de aquí ni de allá. Se me revuelca

el estómago si miro los rostros de los que vienen conmigo. Si los rememorara vería sus madres, sus esposas. Veinte años. Veinte. Me dicen que lo he conseguido todo pero ellos no entienden qué es un todo. Todo no es el dolor en mi dedo índice ni en los estómagos de los más pobres. Me aflige mucho esto... los micos fritos del Putumayo, los arrozales pisoteados, esto que tampoco sé qué sea... hoy no sé nada. Hace veinte años creía saber nimiedades que lograban desve... ya ni siquiera me apresuran las alertas. Me levanto y ya siento que estoy fuera de mí, y de ellos, los que se tapan la cara con las cachuchas. A estas horas, aquí. En algún lugar de esta inmensa vértebra. Aquí.

Otro día. Bonita cosa: sigo perdido. Todos, arriba, hasta el gendarme. Hasta la muerte que no me despego ni para mear. Hasta las botas embarradas que empiezan a pudrirme los pies. Pero la culpa es de uno. De los corrompiditos valores morales que nos ocultan las vistas y nos guían por el sendero. Por los setos inexistentes. Aquí todo se pilla en el caos de las nuevas gentes y los nuevos heroísmos. Yo no soy un héroe. Que no me digan nunca que soy un héroe. Yo no vuelo como las águilas. Tampoco tengo mucha fe. Ésa se me fue acabando como el agua de mi cantimplora. Y ya mi cantimplora sólo escupe polvo. Ahí quedó mi fe. En la causa. En este sol que me ha vuelto otro. Supongo. Igual a como el Temple fue otro, aunque no de otros. Ya empiezan a sudarme las manos. Todas estas llagas, hinchazones y heridas viejas, me alejan cada segundo de los demás, hasta del gendarme. Porque los dolores de la cabeza, no los encefálicos, sino los de más allá, distancian los orbes de cualquier firmamento, hasta de uno mismo. Hasta de las fotografías de las madres sonrientes.

Pero yo sigo esperando. Espero curarme, aunque tampoco sepa de qué. De mis estados de ánimo, tal vez. De la onomatopeya de los fusiles. O de éstos que se pierden entre los troncos cuando los cuerpos se arrastran sobre la tierra y se inundan en ese inhóspito intersticio. Entre la vida. Entre la muerte. Y yo sé que suena irónico, eso sí lo sé. Que nosotros la llevemos todo el tiempo respirándonos en la nuca y en un santiamén le huyamos como cóndores saciados, con la camisa caída y las piernas tiritando sin importar el recuerdo que va y viene como un perfume del siglo pasado, como el silencio. De pronto todo calla. Los pájaros a la espera de quién susurra. Suenan los regimientos por segunda vez y vuelve la calma. Son horas de este juego inútil. De este fuego inútil. En veinte años no he ganado. En veinte. Evito el devaneo de mi cabeza que se estalla de melancolía y mejor me quedo sentado. Mirando las hormigas. Cómo trabajan, las pobres. Ellas sí que trabajan. Desde niño siempre me gustó acortarles el camino. Agarrarlas por las hojitas trituradas que atenazaban con todas sus fuerzas y ponerlas unos cuantos metros más arriba del árbol, o más arriba de la pared. Estiro mis piernas. Seco el sudor de mi frente y bebo un poco de agua estancada en una astilla muerta. Ahora sé que debo inventar otras cosas. Una vida. Mi vida, quizá. Aunque eso se haga allá afuera. Aquí no se puede. Aquí todo retumba como si la eología me ocupara los espacios que tengo libres para respirar, para no pensar mucho. Todo es eco y eso me molesta... si alguien supiera cuánto me molesta. El gendarme ordena avanzar y prepararnos. ¿Para qué?, me pregunto. Es que aquí uno nunca sabe algo. Las cosas más obvias son del olvido o de la nada, ni siquiera de la orden. El sol ya está insoportable y me quema las heridas. Un aire pesado me cachetea el rostro. Veinte años sin verme.

Y avanzamos. Los morrales llenos de ropa vieja y camas inflables nos giban las espaldas. La muerte de acero nos pesa sobre las manos y algunos pierden el equilibrio. Corremos. ¿Hacia dónde? Por el sendero de rocas húmedas por el musgo. Patino. Siempre he querido patinar sobre el hielo. Hemos cruzado el obstáculo y ninguno ha caído. Los animales en los árboles nos miran extrañados. Seguro quieren preguntar algo. Las ramas secas nos lastiman los ojos perdidos en ese mar de pus de la adrenalina. Ya no sé ni cómo sigo pensando. Otra vez empiezo a no saber nada. Todo pasa veloz y se queda zumbando en mis oídos. Cada paso es igual al anterior. Todo lo que veo es igual. El mismo verde. Mi mismo rostro perdido entre los pinos. Allá van, grita alguno, y capturo el sonido de esas palabras como si fueran mariposas. Ya no pienso. Sólo corro. Corremos. Suena el peso del regimiento

rompiendo el silencio de la selva. Unos se alejan a la derecha. Otros hacia la izquierda. Yo continuo en la misma dirección y mi dedo índice tiembla. No se decide a apretar el gatillo. Son hermanos, pienso. Seguramente allá estará Pacho. Y yo aquí. Y él estará corriendo por su vida. Y yo aquí. Las botas de caucho le dejarán ampollas en los dedos. Cargará el fusil sobre su pecho, dando media vuelta para rociarnos. Y yo cargo también la muerte entre mis manos y pienso que definitivamente esto no es Combray, ni Santa María. Aquí no estoy. Éste que se subleva ante la imperiosa necesidad de sobrevivir es sólo un cobarde. No es un héroe, no. Ni si quiera sabe quién es y no imagina su rostro junto al de Ana sonriendo entre violetas. Sabe que matará, pero mata. Sabe que el remordimiento le destrozará el pecho, pero mata. Dispara. Las balas despedazan los pensamientos que le pululan en la cabeza cada nuevo cruce. Traspasan troncos y átomos y moscas y zancudos. Y esperanzas. Las gotas de sudor le nublan las vistas pero se limpia con la manga diestra, pues dada su edad no precisa movimientos infructuosos. No es un neófito en esto de no pensar para matar. De matar para pensar. Lleva el fratricidio latente entre sus manos. En estas manos.

Veinte años. Veinte.

